

EL CHINO

Al parecer, desde que nació le faltaba un cromosoma. Por eso tenía rasgos orientales. Y por eso nosotros le llamábamos el Chino. Era mucho mayor que nosotros. Y aunque había nacido antes, ya le habíamos alcanzado y dejado atrás.

El Chino era un hijo puta. Cuando se dice de alguien que es un hijo puta, se suele añadir: «Aunque su madre sea una santa». O sea, se le llama hijo puta sin la menor intención de ofender a la madre. Casi sin recordarla. Pero cuando digo que el Chino era un hijo puta, quiero decir exactamente eso: que era hijo de una puta. Literalmente. Él no era mala persona. Era un pobre hombre. Lo que no impide que el trabajo de su madre fuese el de puta. Juani decía que era tan puta, que si su marido aún hubiese vivido con ella, se habría acostado hasta con él. Lo decía por decir. Por hacer una gracia. Porque nosotros casi no conocíamos a la madre del Chino. La conocíamos casi sólo por lo que oíamos hablar a los mayores. El padre los había abandonado cuando nació el Chino. La madre debía de echarle la culpa al Chino de haberse quedado sola y de llevar la vida

que llevaba. No parecía que le quisiese mucho. Bueno, más bien yo creo que le odiaba. Le gritaba mucho y le tiraba zapatos y le llamaba animal y retrasado y otros insultos y no le gustaba que estuviese en casa con ella, Ella salía de casa por la noche y volvía por la mañana. Se pasaba durmiendo casi todo el día. Por la tarde se levantaba y hacía la comida. El Chino no comía con ella. Comía después, de lo que quedaba. La madre no hacía la compra por el barrio. Cuando volvía por las mañanas traía una bolsa llena. Debía de ser comida.

La madre del Chino era la mujer más guapa del barrio. Morena, alta, muy fina, muy elegante vistiendo y moviéndose. No parecía una madre.

Le gustaba mucho beber. Muchas veces, cuando se iba por la noche, salía tambaleándose. Cuando se emborrachaba cambiaba su manera de tratar al Chino. Entonces era tierna con él. Le acariciaba y le apretaba contra ella. Le miraba y le decía: «¿Qué será de ti?», y le volvía a acariciar como a un niño pequeño. Y el Chino se dejaba querer. «Te llevarán a un hospital o a un asilo.» Y muchas veces se echaba a llorar. Y así se tiraba mucho rato abrazada a él. El Chino, mientras, cerraba los ojos y

apoyaba su cabeza en ella. Como vivían en un bajo, nosotros nos asomábamos muchas veces a las ventanas para verla a ella (a veces iba por la casa sin ropa). Así es como vimos muchas veces esa escena.

Al Chino le debía de gustar mucho que su madre fuese así con él. Él se daba cuenta de que ella era así cuando bebía. Así que él se encargaba de que siempre hubiese bebida en casa. Ayudaba a hacer recados a mucha gente y con las propinas que le daban, compraba alguna botella de whisky, que era lo que le gustaba a su madre. Una vez se confundió y compró mosto, porque tienen el mismo color. Su madre bebió un poco por equivocación y casi se puso enferma. Cuando el Chino no tenía nada de dinero, lo cogía del bolso de su madre. Compraba la botella y lo que sobraba lo volvía a dejar. Bueno, algunas veces le convencíamos para que nos invitase. Entonces no le sobraba nada.

El Chino estaba estancado en la infancia. Todos pasábamos de largo. Él permanecía. Había estado en las pandillas de nuestros hermanos mayores, estaba en la nuestra y estaría en la de los que aún eran pequeños. Y aunque debía de tener

mucha experiencia de la vida, no la debía de recordar, y era muy fácil engañarle. Claro que convenía hacerlo sin que él se diera cuenta, porque tenía una fuerza enorme y si se ponía furioso era temible. Una hostia suya era como diez de las nuestras. Hasta Tanque le tenía miedo. Una de nuestras diversiones era hacerle burla y huir antes de que pudiese cogernos. En plena carrera, oías cómo reventaban a tus pies los cascotes que te tiraba cuando veía que ya no te podía alcanzar. Emociones fuertes. El truco para que no te cogiese era no mirar atrás mientras te perseguía, porque corría con la lengua entre los labios. La visión de esa imagen solía provocar un ataque de risa que te dejaba sin fuerzas. Quedabas en el suelo, hecho un ovillo sacudido por convulsiones. Entonces llegaba el Chino y se liaba a patadas. Y no tenías fuerzas ni para cubrirte.

Una vez estábamos en la montaña, en una zanja que estaban haciendo unas grúas enormes. Era sábado y no había nadie trabajando. Jugábamos a subirnos a la cabina de las grúas y de las excavadoras y a hacer como que las manejábamos. Entonces vimos al Chino. Y nos pusimos a gritarle: «¡Chino! ¡Chino!». El captó el tono de burla y empezó a perseguirnos. Nos tiraba unos pedruscos tremendos. Yo no sé si se daba cuenta de que si

nos arreaba nos podía abrir la cabeza. Corríamos y corríamos y el tío no se cansaba. Echamos a trepar por el brazo de una de las máquinas. No nos siguió porque tenía miedo a la altura. Pero siguió tirándonos piedras. Unas pasaban rozando, otras golpeaban contra los hierros. Tuvimos que subir muy alto para que las piedras no nos llegaran. Desde la altura que estábamos le veíamos muy pequeñito. Le pedimos por favor que nos dejara bajar. Que había sido una broma. Ni caso. No hacía más que gritar como un cafre. Por otra parte, no sé si habríamos podido bajar. Estábamos tan asustados con la altura, que no éramos capaces de soltarnos de los hierros a los que estábamos agarrados. Nos pasamos toda la tarde viendo al Chino allí abajo, amenazándonos y tirándonos piedras, que veíamos acercarse, creciendo de tamaño, hasta que casi las veíamos a su tamaño real, sólo un poco más abajo de nuestros pies. Después las volvíamos a ver cómo caían, empequeñeciéndose, hasta que chocaban con el suelo, levantando una pequeña nube de polvo. Algunas veces, la piedra llegaba un poco más arriba. Asustados, trepábamos un tramo más en la torre. Así toda la tarde. Espantoso. Al oscurecer, el Chino se debió de cansar y se fue. Hasta que no fue de noche del todo, y ya no se veía el suelo y no

daba tanto vértigo, no nos atrevimos a bajar. Estábamos entumecidos. Yo llegué a casa agotado.

El Chino no nos había perseguido por el brazo de la excavadora porque le tenía miedo a las alturas, ya lo dije. Era porque hacía unos años había ido un día de excursión con Juani, con Susi y con los de la pandilla de mayores. Habían ido a las moreras, cerca del castillo. Se subieron a los árboles a coger hojas para los gusanos de seda. Estuvieron toda la tarde cogiendo hojas. Al final se subieron a un árbol muy alto. Para subir, unos tuvieron que aupar a otros. Éstos, luego, tiraban, desde arriba, de los que habían quedado abajo. Estuvieron un rato disfrutando de la altura. Cuando se cansaron fueron bajando, ayudándose unos a otros. El último que quedó fue el Chino.

—Bueno, Chino —le dijo Juani—, hasta mañana.

Y todos se alejaron. El Chino gritó asustado:

—No me dejéis aquí.

—No te preocupes, Chino —le dijo Juani—. Te traeremos comida. Mañana te traemos un muslito de pollo.

Y siguieron alejándose.

—¡Esperarme! —gritó el Chino.

—¡También una naranja! —gritó Juani.

Cuando desaparecieron de la vista del Chino, buscaron un sitio desde donde poder verle. El Chino miraba para todos los lados. Se iba de una rama a otra. Por fin, se puso de pie sobre una rama gorda y se tiró. Todos cerraron los ojos. Cuando los volvieron a abrir vieron al Chino gimiendo en el suelo: «¡Ay, ay!».

Se rompió la clavícula y no sé cuántas costillas. Le escayolaron casi entero de cintura para arriba.

En nuestras peleas con los vikingos (peleas que nosotros procurábamos eludir) nuestras únicas armas eran el Chino y Nenín. El Chino no tenía miedo. Le venía una pandilla de diez y se ponía a repartir hostias hasta que los ponía en fuga. Nenín tenía otro estilo. Evitaba el contacto; la lucha a la corta. Lo suyo era la distancia. Cogía un manojito de peladillas y cuando los veía acercarse o alejarse les sometía a una buena granizada. Pero nada de tirar al tuntún. No. A cada uno la suya. Precisión.

Con él cerca era difícil que se acercaran los vikingos. Pero no siempre estaba.

El verano que escayolaron al Chino, los vikingos tuvieron muchas peleas con los del barrio del aeropuerto. Como nuestro barrio quedaba a medio camino, teníamos las mejores vistas de las peleas. Se encontraban en el campo, cerca de los montones. Nos subíamos a la montaña y, desde lejos, los veíamos acercarse, pandillas enormes, con decisión. Llevaban piedras, bates de béisbol, tiradores, escopetas de aire comprimido. Casi nunca llegaban a juntarse, al cuerpo a cuerpo. Se tiraban desde lejos. Casi siempre, uno u otro bando tenía que retirar, entre varios, a uno de los suyos, descalabrado y sin sentido. Duraban muchos días las dreas. Siempre eran por la tarde. Un día los del barrio del aeropuerto, de una pedrada le hicieron una brecha enorme en la frente al hermano del Cabezón. Parecía que lo habían matado. El Cabezón cogió un bate de béisbol y echó a correr hacia sus enemigos. Le tiraban de todo, pero el tío no dejaba de correr. Muchos, viendo que no se paraba, huyeron. Otros esperaron. Cuando llegó a éstos, a uno le dio un batacazo en la cabeza que resonó hasta donde estábamos nosotros. El Cabezón no se paró ahí. Siguió persiguiendo a los demás. Se

llevó pedradas, perdigonazos... de todo. Pero los corrió hasta su barrio. Por la noche, los del aeropuerto volvieron a recoger al del batacazo, que seguía en el suelo inconsciente. Después se oyó que se había quedado tonto. Los del aeropuerto no volvieron. Los vikingos eran los amos del mundo.

A los pocos días de aquello, una tarde que estábamos jugando a las chapas, apareció de repente una partida de vikingos. No tuvimos tiempo de huir. Con ellos iba el Cabezón. Empezaron a estropearnos el juego y a quitarnos todo lo que veían. El Chino estaba con nosotros. Tenía la escayola debajo del niqui y no se le veía. Sacó una navaja, la abrió despacio, la empuñó y con un golpe rápido se la clavó en el pecho. Y ni se inmutó, claro. Los vikingos lo miraron espantados. El Chino empezó a resoplar por la nariz. Ellos ya no estaban tan arrogantes. Ya no atendían a estropearnos el juego y quitarnos las cosas. De repente, el Chino se tiró a por el Cabezón. El Cabezón dio media vuelta y salió pitando. Y detrás de él los demás. El Chino ni corrió. Entonces se puso en marcha la artillería de precisión de Nenín. Todos se llevaron su ración. Nosotros también colaboramos (más con la intención que con el acierto). Cómo corrían los hijos de puta. Tardaron mucho

tiempo en volver a hacer incursiones.

Pasó nuestra infancia, la de los que nos seguían, y el Chino seguía en la suya, casi eterna. Un día le cogieron en una tienda robando un frasco de colonia. El dueño de la tienda le dijo que quería hablar con su madre. El dijo que no estaba; que se había ido de viaje. El hombre creyó que trataba de tomarle el pelo y llamó a la policía. Cuando llegaron los policías, les explicaron que vivía solo con su madre. «¿Dónde vives?», le preguntaron. «Vamos a hablar con ella.» Él siguió insistiendo en que no estaba. «Vamos a ver», dijeron los policías. Por el camino, el Chino no hizo más que asegurar que no había nadie en casa. Estaba intranquilo. Las vecinas dijeron que era verdad que hacía tiempo que no veían a la madre. Pero que no sabían dónde estaba. No querían saber mucho de su vida. Cuando los policías entraron en la casa, les golpeó un hedor inaguantable. Tuvieron que entrar con pañuelos en la nariz. La casa estaba a oscuras. Las persianas estaban bajadas, las ventanas cerradas y pasados los visillos. Encendiendo las luces, fueron a la habitación de la que salía el olor. En una cama había un cuerpo vestido medio descompuesto. Con el olor a podrido se mezclaba el de la colonia con la que el Chino lo debía de regar todos los días. En

la mesita, un frasco de medicinas vacío y un vaso. El cuerpo parecía temblar, o moverse muy despacio. Eran los gusanos que trabajan debajo de la ropa.

Cuando se lo llevaban, dicen que el Chino preguntó:

—¿Me van a llevar al hospital?

EMILIO GAVILANES, *La primera aventura*, Círculo de Lectores,
Barcelona, 1991, 148-155.